

ADAN KOVACSICS

Karl Kraus en los últimos días de la humanidad



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

I

Caleidoscopio Kraus

| | |
|--------------------------------|----|
| 1. El mirlo | 11 |
| 2. Los autos | 16 |
| 3. Sidonie Nádherný | 19 |
| 4. Jugar con fuego | 23 |
| 5. Las cartas | 25 |
| 6. Los perros | 30 |
| 7. <i>Stretto</i> | 31 |
| 8. Trakl | 33 |
| 9. Guerra y antiguerra | 36 |
| 10. Gestiones | 39 |
| 11. Litigios | 41 |
| 12. <i>Arbeiter Zeitung</i> | 44 |
| 13. Fines caritativos | 47 |
| 14. Rilke | 48 |
| 15. La boda | 49 |
| 16. El vidente | 50 |
| 17. Tiresias | 52 |
| 18. Una lectura pública | 55 |
| 19. La censura | 59 |
| 20. El Teatro de la Literatura | 63 |
| 21. Mahler | 68 |

| | |
|--|-----|
| 22. Ilustración | 70 |
| 23. Janowitz | 70 |
| 24. Suiza | 75 |
| 25. Apocalipsis | 80 |
| 26. El otro Janowitz | 90 |
| 27. <i>Die Fackel</i> | 93 |
| 28. <i>Los últimos días de la humanidad</i> | 96 |
| 29. Un penúltimo profeta | 100 |
| 30. El tren | 112 |
| | |
| Cartas de Karl Kraus a Sidonie Nádherný (1914-1918) | 113 |
| | |
| Cuatro poemas de Karl Kraus | |
| Metamorfosis | 173 |
| Prado en el parque (castillo de Janowitz) | 175 |
| Para mi Franz Janowitz (muerto el 4 de noviembre de 1917) | 176 |
| Sobre la paz perpetua | 177 |
| | |
| II | |
| | |
| El estilo de Karl Kraus | 183 |
| Palabra que es el infierno | 199 |
| “El verbo se extinguió cuando despertó ese mundo” | 215 |
| | |
| <i>Bibliografía</i> | 247 |

I

CALEIDOSCOPIO KRAUS

Mais la race des prophètes s'est éteinte.

ANTONIN ARTAUD

1. EL MIRLO

No sobrarán, supongo, unas palabras que sirvan quizá a los lectores de las siguientes páginas. Me llamo Felix Weigl, nací en Viena y soy abogado. Me dirigía a Nagykanizsa, en el sur de Hungría, a ver a un cliente. Un hombre me había pedido asesoramiento en un asunto relacionado con las reparaciones que se le debían por su deportación a un campo de concentración del nacionalsocialismo. Y sucedió que el tren en que yo viajaba se quedó parado en la estación de Székesfehérvár. Llegaban convoyes y se marchaban, se anunciaban por megafonía las llegadas, las salidas y sobre todo los retrasos, pero mi tren seguía en la vía cuatro, sin moverse. Pasaron los minutos, pasaron las horas, empezaron a pasar también los días. Los pasajeros, pocos, no nos movíamos, pues temíamos que, tan pronto como pisáramos el andén, la locomotora se pusiera en marcha, como tantas y tantas veces había ocurrido desde la infancia de nuestra imaginación. De vez en cuando aparecía un ferroviario, golpeaba una rueda con un martillo, se detenía a escuchar el sonido con el gesto concentrado

de quien paladea un sorbo de vino y seguía adelante, a la próxima rueda.

Con el tiempo, el tren se fue vaciando. Al principio, poco a poco. Se veía cuchichear a una pareja, que se levantaba y se apeaba sin despedirse ni mirar, como si le diera vergüenza. Luego algunos se bajaron precipitadamente, dejando incluso sus bártulos, los bolsos, las chaquetas, como si se hubiera anunciado la llegada inminente de un huracán. Al final quedamos sólo Eva y yo.

Ella, más atrevida, bajaba, hacía alguna compra y volvía. Traía galletas, frutas, refrescos, siempre a toda prisa, por temor a que el tren se marchase. Yo miraba por la ventanilla y la veía cruzar las vías y acercarse corriendo por el andén. Como me gustan los números, contaba sus pasos, y siempre me salían cifras diferentes. Se subía jadeando, como quien acaba de alcanzar en el último momento el último vagón. Tomaba un respiro y sonreía. Me llamaba “señor abogado”, y yo a ella le decía “señora panadera”, porque trabajaba en una panadería de Budapest.

Hablábamos de comida, mucho, y también de ropas; de cuánto nos faltaba, claro. De la casa, del baño, de la cama, de las mantas, de los cubiertos, de los manteles, de las servilletas. Cada uno se proponía describir con la máxima minuciosidad las cortinas de su vivienda. Ella me hablaba también de su hijo Richard o, mejor dicho, Richie, al que iba a recoger en Nagykanizsa, donde estaba pasando unos días con su abuela. Me contaba que a Richie le había dado por jugar al béisbol y que no había manera de quitarle ese deporte de la cabeza. Le llevaba

de regalo una gorra y un bate que había comprado en la capital.

Luego, a Eva le dio por cantar, canciones populares húngaras y también arias de ópera. Al principio me incomodaba. Después ya no, cuando entendí el significado. De hecho, casi todo lo entiendo después, cuando es tarde. También a ella, a la “señora panadera”.

Llegaba corriendo con una bolsa llena de frutas, se subía jadeando, se tomaba un respiro, se humedecía los labios con la lengua:

–Hay que vivir –decía con una sonrisa, como para animarnos.

Traía olores, a vainilla, a canela. El olor del pan me vivificaba como el sol.

Un día volvió con expresión preocupada y aseguró, después de humedecerse los labios:

–Dicen que ha empezado una nueva era.

–¿Qué era? –le pregunté.

–No lo saben –contestó tratando de sonreír–. Dicen que acabará con un incendio.

A partir de ese día cambió. Continuaba alegre y animosa, pero una sombra se le posó en el rostro y ya no lo abandonó. A pesar de las risas y de los gestos de ánimo y de entusiasmo, la sombra fue avanzando, corroyéndole la mirada, las facciones. Desde entonces, nuestras conversaciones empezaban risueñas y terminaban sombrías. Eran más bien monólogos. Eva hablaba sin parar. De su hermano, que se pasaba el tiempo sentado en un banco en el jardín, “ahí plantado como un saúco”. Y de la mujer del hermano, que regentaba una peluquería y se encargaba de todo,

“hasta de clavar los clavos en la casa”. Y hablaba también de su marido, un *párnogui*, decía. ¿Y qué es un *párnogui*?, le pregunté. Un déspota, un cacique, me respondió ella, que había terminado divorciándose de ese hombre. Me contó los detalles del divorcio. Eva comenzó entonces a recorrer el pasillo del tren con andar de sonámbula, como el de quien se pasea a medianoche por un puente, ida y vuelta, ida y vuelta, sin parar, una y otra vez. Tenía dibujado en los ojos a Richie.

Al final también ella se marchó.

No brillaba el sol en otoño, brillaban los árboles, tanto que no se los podía mirar porque deslumbraban: los días otoñales parecen un regalo espectral, de luces y sombras espectrales, el que corresponde a fantasmas. Luego llegaba el *pianissimo* de la nieve, que traía el olor de todas las nevadas de la vida y venía acompañado por los tañidos matutinos de las somnolientas paladas de los propietarios, de los inquilinos, de los conserjes que retiraban el manto blanco de las calles. Y aparecía después el inquietante aire primaveral, cargado de promesas y por eso mismo también de angustias. Y la algarabía veraniega, tan sonora que contenía incluso el ruido rítmico de las lejanas olas del mar.

Recorría yo los vagones del tren. En uno de los asientos alguien –¿quién?– había dejado dos volúmenes: las cartas de Karl Kraus a Sidonie Nádherný, su amada. Entre los libros había también, dobladas, unas hojas con infinitud de apuntes escritos con una letra diminuta. Recordé que, siendo yo todavía un niño, mis padres, adeptos al autor y editor de *Die Fackel*, me habían llevado a uno de sus

recitales y me lo habían presentado. El escritor me acarició la mejilla. Su manera de recitar me dio miedo.

Me puse a leer las cartas, aunque me costaba entenderlas, quizá porque era la mía una época más necia que la de aquellos amantes o quizá porque me había embotado con el paso del tiempo, por los meses de soledad y de encierro en el tren.

Observaba las maniobras de las locomotoras: las había diésel, las había eléctricas, iban y venían muy seguras de su tarea. Observaba las caras de los viajeros apostados en las ventanillas de los vagones, rostros que despertaban mi interés y también, extrañamente, hasta cierta nostalgia, como si sintiera de entrada una oportunidad perdida.

Un mirlo se percató de mi presencia y empezó a venir todos los días; se posaba en el respaldo de un banco en el andén, me miraba y me cantaba. Lo atribuí a su curiosidad. Lo llamé el “mirlo curioso”. Sin embargo, daba más bien la impresión de que me avisaba, de que se desgañitaba advirtiéndome de algo. ¿De qué? ¿Del fuego que estaba por venir? ¿Qué me decía el mirlo, qué me decía su garganta desesperada? ¿Que me quedara en el tren, que había llegado ya la era de la ignorancia y de la vulgaridad, y que el único modo de esquivarla era permaneciendo en esos vagones olvidados? ¿O, precisamente lo contrario, me advertía de los peligros que mi aislamiento conllevaba, de atrofia, de paulatino atontamiento?

¿O tejía soliloquios, como yo? ¿Monologaba el mirlo, lanzando briosos trinos a la pregunta infinita?

2. LOS AUTOS

Ponemos el foco impasible sobre Karl Kraus. ¿A qué se dedicó el autor y editor de la revista *Die Fackel* durante la Primera Guerra Mundial? Una respuesta: a viajar. Llama la atención que el escritor que consagró páginas y páginas a fustigar el delirio bélico desatado entre los años 1914 y 1918, el escritor que, recluso en su domicilio en el distrito IV de Viena, Lothringerstrasse 6, muy cerca del Ring y, por tanto, del centro de la ciudad, combatió con la pluma los desmanes de militares, empresarios, especuladores, jueces, literatos y periodistas, viajara tanto en esos años. Además, en auto. El martes 2 de junio de 1914 —a menos de dos meses del inicio de las hostilidades— enviaba una carta a su amada, la baronesa Sidonie Nádherný von Borutin, que se hallaba a la sazón en Venecia y se disponía a regresar a su residencia en Bohemia, anunciándole su plan de encontrarse en el camino con ella: “A lo mejor podría esperarte en Graz a las 1.35 o en Mürzzuschlag a las 3.44... Con un auto”. Al día siguiente despachaba un telegrama para comunicarle que acababa de adquirir el automóvil. “Simpático auto recién comprado saluda”, escribía. Pocas horas después añadía más detalles en una carta: se trataba de un Opel de “25 CV”, había sido revisado por un experto, había realizado una excursión de prueba por los alrededores de Viena, la entrega definitiva se produciría el viernes, y el auto no cabía en sí “de impaciencia por verte”. El vehículo se convertía en un personaje más en las misivas de Kraus a Sidonie, lo cual no es de extrañar, puesto que en

su escritura siempre todo se anima. “El Opel saluda y me espera para llevarme a los bosques de Viena, de ahí las prisas”, leemos en otra ocasión.

Y viajando en auto, mientras regresaba de visitar a su amada en el castillo de Janowitz, la casa solariega de los Nádherný en Bohemia, conocía Karl Kraus el 29 de junio de 1914 la noticia del asesinato —ocurrido el día anterior— del heredero del trono y su esposa. El automóvil había entrado ya en la capital y se detenía en la Nussdorferstrasse. Ahí escuchó el escritor a los vendedores de periódicos que voceaban el atentado. Y un mes más tarde, él, Sidonie y Charlie —el hermano gemelo de ella— se enteraron durante una excursión automovilística por la zona del lago de Misurina, en los Dolomitas, de que definitivamente había estallado la guerra.

Dos fueron los autos que compró Kraus en ese período. Aquel primero, el de “25 CV”, acabó pronto requisado por las autoridades, ya que podía servir para fines militares. El segundo fue adquirido en Suiza. Las gestiones empezaron el 17 de mayo de 1915 desde Viena. A la mañana siguiente, Kraus enviaba a Sidonie, que se hallaba ya en los Alpes suizos, un folleto publicitario que mostraba ante un automóvil descapotado a una señorita de cuya boca emanaban, dentro de un globo, estas palabras: “Mein Puppchen!” (¡Mi Muñequita!). Era el nombre del modelo de auto en cuestión. Por lo que se ve, la publicidad no ha progresado sustancialmente desde entonces. El 22 del mismo mes —un sábado, en que las tropas alemanas utilizaron por vez primera gas venenoso en la guerra, concretamente en la

segunda batalla de Ypres, en Flandes— Kraus transfería por vía telegráfica tres mil quinientos francos suizos para la compra del vehículo. Llegó al día siguiente, domingo, a Zúrich, y allí se encontró con Sidonie. Emprendieron a continuación un viaje por Suiza y recalaron en Ragaz, donde en ese tiempo de violencia y de dolor permanecería estacionado el vehículo cuando no lo usaban. Sidonie Nádherný había sacado el permiso de conducir expresamente para poder manejar ella el automóvil, al que llamaban “el pequeño”.

Las más de dos mil páginas de los cuadernos de *Die Fackel* publicados durante la guerra parecen sugerir que Karl Kraus permaneció esos años atornillado al escritorio, siguiendo su rutina diaria, escribiendo de noche, levantándose al mediodía, yendo al café por la tarde. Sorprende descubrir que no fue así. Estudiando sus idas y venidas, hasta podría decirse, exagerando un tanto, que durante la contienda bélica Kraus sobre todo viajó, con lo que implicaba desplazarse en aquella época, padeciendo trámites, gestiones, pejiguas, agobios, agitaciones, fronteras, papeles, aduanas, burocracia. Viajó numerosas veces a la casa de Sidonie en Janowitz, a Praga, a Italia, a Suiza, por diversas regiones de Austria. Lo hizo por y con Sidonie Nádherný. El automóvil sirvió para satisfacer el deseo de libertad y de movimiento de ella. No para hacer turismo, pues Kraus lo aborrecía. Se burlaba, por ejemplo, de la expresión *lovely* que Mary Cooney, también llamada May-May, la sempiterna acompañante de ambos y gobernanta de la baronesa, utilizaba ante paisajes y monumentos.